

PROSA Y VERSO

Periodico literario



Redacción y Administración: Pedro de la Gasca, 7

Año II.—Segunda época.—Núm. 28.

AVILA 14 DE MARZO DE 1908

LOS DE CASA



Juan Ruiz de Salazar.

SUMARIO

Entre sábados, por Nanclares.—Perdonen la confianza... por A. de Tapia.—Carta abierta, por Colombina.—¡Dos besos tengo en el alma! por Eduardo Balabasquer.—Amor al vuelo, por Angel H. Galindo.—La sirvienta Catalina, por Federico P. Olarría.—Autobiografía, por Juan Ruiz de Salazar.—Ecos de Sociedad, por *El Diab'lo Cojuelo*.—Pica-dillo.—Apartado de „Prosa y Verso” por El Cartero.



Habrán visto ustedes, ó más bien, leído en la prensa rotativa y de la otra, que nuestro joven Monarca ha sido agasajado, aclamado, aplaudido y ovacionado en Barcelona con entusiasmo delirante.

Yo me alegro. Confieso, de verdad, que abrigaba mis temores, igualmente que les ha ocurrido á muchos, de que pudiera ocurrir algún disturbio en la ciudad de los Condes, y tal vez la mano negra de los terroristas fraguase uno de esos inícuos atentados que no tienen idea alguna de finalidad. Afortunadamente todo ha transcurrido como la seda, sin otra desgracia de lamentar que el atentado con ensañamiento á la respetable chistera gerárquica del señor Millán Astray. ¡Pobre chistera! No haría seguramente unas horas, que estaría su lujosa felpa resplandeciente de hermosura, luciendo sus cinco brillos en el escaparate de Odonel ú otro proveedor de tapaderas de copa para cerebros privilegiados, cuando se vió arrollada por la multitud, y millares de puntillones agresivos cayeron con ensañamiento sobre la pobre castora, que no había cometido más delito que sentar como anillo al dedo, á un señor de popular renombre, desde el crimen de la calle de Fuencarral, cuyo señor, al mando de un formidable ejército de policías pedáneos, hípicas y ciclistas, tenía que ir á Barcelona cuando menos lo esperaba.

Yo que estoy en el secreto de todas las cosas, escuché desde aquí las tristes lamentaciones de la malhadada chistera, y me conduelo de su triste fin, cuando mucho mejor destino la estaba reservado.

Fracturada el ala, magullado el cuerpo y con todos los pelos de punta, asomaba su boca contrahecha en el estertor de lo que desaparece del mundo, bajo el borregoünesco estuche de un pié burdo, súcio y asaz calloso.

Y exclamó así: ¡Levanta, bestial! ¿Qué mal pude

yo hacerte, porque me hayan traído á tu tierra sin ser mi voluntad?

Puedes saber, ¡so bruto!, que no soy una castora cualquiera. Muchos y muy grandes hombres, tomaronme en sus manos, acariciaron blandamente mi cabello y me colocaron con mimo y coquetería sobre sus almacenes de intelectualidad, sólo que luego, tenían todos la mala costumbre de mirarse al espejo y, al reflejar de la diáfana luna veneciana, les contemplaba yo la sándia cara de fatuosidad y de imbéciles; entónces hacia un mohin, por efecto de algún ligero estremecimiento de desprecio, y me obligaban á descabalgár del rucio petulante, y presumido, volviendo á mi escaparate, desde donde contemplaba desfilár muchas mujeres hermosas.

Quisieron poseerme muchos, y muchos me pusieron á prueba. pero yo no quise conceder mi hermosura á ninguno, porque no les creo dignos de mí. Maura, Lacierva, Osma, Romanones, Vadillo, Moret y Canalejas, se disputaron mi posesión y me colocaron en el sitio más preeminente de su persona y ¿sabes lo que ví cuando miré el interior de aquellas preeminencias? pues, en la de Maura, soberbia; en la de La Cierva, cerrojos; en la de Osma, vino; en la de Romanones, picardias; en la de Vadillo, cirios; en la de Moret, polilla, y en la de Canalejas, ¡el Caos!

Estas fueron las últimas palabras de la luciente chistera del Sr. Millán, única víctima del terrorismo catalán.

Séale breve la *terra da Catalunya*.



PERDONEN LA CONFIANZA.....

He decidido casarme porque mis años se pasan y me asusta el sacrilegio de que me entierren con palma, pero con una mujer de condiciones tan raras que no sé si al fin y al cabo tendré la dicha de hallarla. Yo suplico á mis lectores, y perdonen la confianza, que me ayuden, por supuesto, nada más que en el buscarla y porque tengan idea y en un todo me complazcan voy á hacerles la pintura de la mujer que me agrada. Esta es forzoso que sea bonita, buena y barata:

una mujer de entretiem-
 ni muy gorda ni muy flaca;
 con respecto á su estatura,
 ni muy alta ni muy baja.
 Ha de ser rubia ó morena
 que me asustan las castañas,
 y ha de estar forzosamente
 de incendios asegurada.
 Los ojos árabes puros
 que velen largas pestañas:
 su nariz ha de ser griega;
 su virtud á la romana
 y la esbeltez de su talle
 como el de las italianas
 Unos pies á la andaluza,
 si puede ser sevillana.
 El corazón de española,
 que eso lo hay grande en España.
 Y respecto á su fortuna
 que sea norte-americana.
 Si ustedes de alguna saben
 que reuna esas circunstancias,
 y que tenga hasta la fecha
 su blanca mano en subasta,
 endósemenla enseguida
 porque esa no se me escapa.
 Perdonadme la molestia
 y también la confianza.

A. de Tapia.



CARTA ABIERTA

Sr. Director de PROSA Y VERSO.

Espero de su amabilidad se sirva dar cabida en su simpático periódico, á la adjunta carta que acompaño y dirijo á mis buenos y antiguos camaradas *Pierrot* y *Arlequin*.

Aprovecha gustosa esta ocasión para manifestaros la más cordial simpatía, vuestra afectísima,

COLOMBINA.

Colombina á sus rivales.

No, no y no... No me gusta. ¡*Pierrot!*... ¡*Arlequin!*...

¿Es que no me amáis ya?... ¿Renegáis de vuestra *Colombina*? Yo, mariposa humanada, frivolidad hecha carne, inconsciencia hecha risa, viva ráfaga, siempre reidora, fugitiva siempre, debo centralizar vuestros afectos y uniros en aspiración común y enamoraros...

¡*Pierrot!*... ¡Ingrato *Pierrot!*... ¿Y eres tú mi antiguo amante? ¿Olvidas aquellas noches de azul pa-

lidez, por la luna idealizadas, en que tanto me rondaste suspiroso, tañendo al bandolón tus más queridas canciones? ¿No te acuerdas, pérfido? ¡Y decías que me amabas!

¡*Arlequin!*... ¡Despechado *Arlequin!* ¡Grotesco *Arlequin!*... ¿No me añoras? ¡No era mi blanca y pequeña mano el símbolo de tu dicha? ¿A mis pies no te arrastraste y yo reía...?

Ganas me dan de llorar al veros ogaño tan helados y olvidadizos.

He aquí que mi *Pierrot*, mi fiel amador, reniega de su amor sublime; no soy su musa; firmó sus bonitas crónicas carnavalescas con el pseudónimo de *Pierrot*, sin saber por qué, tal vez por ser nombre breve, porque termina en te... ¡vaya usted á adivinar!

¡Cual pudo firmar Rabat,
 ó Poblet, Gasset, Moret,
 ó Jesús de Nazaret,
 ó Amat!...

¡Porque termina en te!... No es lo raro que te guste esta terminación, *Pierrot*; también á mi me place; sobre todo las reuniones que acaban en te, me despepitan. Lo sorprendente es que construyeras la palabra *Pierrot* sin conocerla.

¡Coincidencia más extraña!... Esto me recuerda la inventiva de un enamorado mio, con ribetes de poeta, á quien se le ocurrió *La vida es sueño* dos siglos después de haberla escrito Calderón de la Barca. Así le ha sucedido á *Pierrot*, á este pobre *Pierrot* que se ha visto obligado á recurrir á *Sansón Carrasco* para averiguar quien es *Colombina*... Y se quedó sin averiguarlo, porque *Sansón Carrasco* confunde la comedia francesa con la italiana.

Sospechando voy que este *Pierrot* debe ser apócrifo. ¿Cómo, de ser él mi antiguo galán, omitir mi nombre entre los de las adorables concurrentes al baile del Casino? Si, *Pierrot*, yo era aquella... aquella hermosa escotada del traje rosa, que tantas veces admiraste con ojos tiernos, aquella á quien dijiste... ¿Qué gestos son esos que me haces?... ¡Ah! Ya... Si hay *intereses creados* de por medio, me callo... Está bien. ¡Chitón!

¿Pues y *Arlequin*?... ¿Por qué cargas con la joroba de Polichinela? ¡Llamarme pérfida y cruel!... ¡Yo, que soy toda corazón! También este *Arlequin* me trasciende á enmascarado. ¿Será una dama resentida, una dama de las que *Pierrot* encasilló en su crónica entre las huestes *rojas, blancas, azules*, (¡pum! ¡pum!), obligándolas á pasar en batallones como ante general en jefe que revistara tropas de su mando? Por fortuna no hubo damas en el baile que se engalanasen del color de la esperanza. *Pierrot*, impertérrito, hubiera puesto á continuación de los tres colores de la bandera francesa: señoritas *verdes: Zutana, Mengana*...

Si... No me cabe duda. Este *Arlequin* es una señorita quejosa...

Y yo sufro. Mis delicados nervios se alborotan. No encuentro justo, *no hay derecho*, señores míos, á que un ingrato escritor y una dama dolida se apropien los nombres de mis dos galanes predilectos, como si fueran títulos vacantes, disfraces alquildizos...

No, no y no... Repito que no me gusta y como no me gusta... os lo digo. Soy ingénuo como el agua clara.

Pierrot y *Arlequin* son míos ¿me entendeis?, son mis juguetes... no me los quiteis!

Y si conmigo os enojais porque os pido lo mío, poco me importa; peor para vosotros. Sé de risas y bromas; de enojos y seriedades no sé.

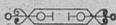
Os sopla besitos en la palma de la mano

Vuestra amiga
COLOMBINA.

(F. P. O.)



¡Dos besos tengo en el alma!



La tarde tristemente declinaba,
Y mi madre adorada se moría
Junto á su cabecera sollozaba....

Mi madre me miraba
Más su vista, sin luz, no me veía.

Lleno de amor, con abrazado aliento,
De mi madre templaba el rostro frío....
Lanzó un suspiro y con sentido acento

—«Yo me muero, hijo mío.....»

Dijo, besó mi frente, y en la almohada
Reclinó su cabeza inanimada.

Poco tiempo después, también un día
Que marchaba á mi fin con lento paso,
Contemplábamos juntos, alma mía,
Cómo la luz luchaba y cómo huía
Delante de las sombras hacia ocaso.

Deseo de luchar, como luchaban
Las sombras con la luz, también sentí
Mis ojos en tus ojos se miraban

Y un beso te pedí....

Rehusaste, luché y con ansia loca
Mi boca puse al fin sobre tu boca.

El beso de mi madre y aquel beso
Que á tu boca robé
Cediendo del amor á loco acceso...

¡No los olvidaré!!

EDUARDO BALABÁSQUER.

AMOR AL VUELO

—(=)—

(DIALOGO ANDALUZ.)

Para el joven escritor B. Chamorro de Luis.

—¿Me quié usté dejá en pá? Es inútil que se canse.

—La advierto niña, que yo he dao tres veces la güerta ar mundo á pie y sin dinero.

—¿Y qué me quiere usté decir con eso?

—Na, que la seguiré á toas partes. Es usté mu graciosa pa que yo no vaya tras de su sombra.

—¿Tanto le agrada?

—Como que por ella sería capá de gorverme automóvil pa espansurrá á too el que la mire con malos ojos.

—¿De veras?

—Chipen.

—Tengo novio.

—Tanto méjó; con eso podrá usté ve lo que hase un hombre por la niña é sus queeles. Digame usté ¿ese pollo á quien dise que habla, es grueso ó dergao?

—¿Le importa argo el saberlo?

—Muchísimo.

—Se lo diré. Es.... grueso.

—Basta, no me diga usté más. En cuanto le eche la vista encima, de la primer mascá, lo dejo más dergao que un poste er telegrafo.

—¡Qué barbaridad!

—Y de la segunda lo convierto en alambre.

—¡Osú!

—Y de la tercera...

—Lo hase usté un telegrama.

—Lo evaporiso: no queda de ér ni er polvo.

—No haga usté eso, que se va á perdé.

—Mi mare llevará er disgusto.

—Y yo.

—¿Usté?... Tengo novia.

—Me lo figuraba. Los hombres son ustés como los sacamuelas: muchas palabras y luego ná.

—Bueno, lo que usté quiera.

—¿Se pué sabé quien es esa mujé?

—Una mu graciosa, mú simpática y mu juncal... Así como usté.

—Tie unos ojos negros y grandes... como los de usté. Habla como los propios ángeles... Tiene un cuerpesito dislocante... En fin, mirese usté al espejo y juzgue.

—Hombre, me gustaría conoserla.

—¿Sí? Se la voy á presentá. Esa muje es... usté misma.

—Que tengo novio.

—Como yo novia. Y ya que sabe mi modo de pensa, respeto á su persona, espero la sentencia.

—¿Tanta prisa le corre?

—Como que de ella depende mi salvación

—Bueno, pues... acompáñeme usted y por el camino hab aremos.

—Bendita sea su boca que tan bien habla. Pide cuanto quieras y me verás hasé imposibles.

—¡Olé, por los hombres *con ange!*

—Anda pa alante, que tu y yo vamos á ser más sonaos que Maura.

—Gracioso.

—Graciosa.

ANGEL H. GALINDO.

Sevilla, 3 Marzo 1908.



LA SIRVIENTA CATALINA

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS)

(Continuación)

II

Aquel adagio que dice, «no hay caballo, por bueno que sea, que no tropiece», tenía perfecta aplicación á mi tío Clemente Bourgueil, salvando, claro está, la categoría zoológica de la comparación. Lo digo porque este hombre superior, este obrero infatigable y ejemplar de la Ciencia, perdió en su vejez el magestuoso equilibrio de sus facultades, arrastrado por una pueril vanidad, por una telaraña: quiso ser académico.

Y como en él, pensamiento y acción iban siempre juntos, al momento puso por obra los medios para realizar su ideal. Habló á sus colegas del Instituto, quienes como era de esperar, ofrecieron interesarse en su favor.

Pero bien pronto surgieron obstáculos y dificultades que amargarón la existencia al pobre viejo, la baba de la envidia intentó manchar su reputación; ayudábanle unos, tenazmente se oponían otros, y lo que él juzgó en sus ensueños perfectamente fácil y hacedero, en la realidad se le mostraba uraño, dificultoso, repulsivo.

Mas en los hombres del temple de M. Bourgueil, los obstáculos de la vida son otros tantos acicates de la voluntad, y su aspiración que en un principio le halagaba debilmente, trocóse en apasionamiento indomable y se propuso luchar encarnizadamente hasta conseguir el objeto de sus anhelos.

En efecto, mi tío, para imponerse á todas las voluntades con la incontrastable fuerza del mérito, empezó á trabajar en una obra científica, que imaginaba, con ese candoroso orgullo propio del genio, serviría para franquearle las puertas de la Academia, por mucha resistencia que tratasen de oponerle sus enemigos.

Entonces fué cuando vimos, por la primera vez

á la vieja Catalina encolerizada, trémulas las manos, queriendo disuadirle de su tenaz empeño.

—Vamos, Catalina, calmaos—le decía mi tío.—No se rehusa lo que se tiene tan bien ganado. No hay afrenta en recibir una recompensa.

Ella terminaba aquellas largas é inútiles disputas con esta frase:

—¡Ah! ¡Dios quiera que no tengamos todos que llorar!

Al oponerse con tan extraña tenacidad la buena sirvienta al afán de distinciones y honores que enloqueció á mi tío, parecía como que el corazón le presagiaba que entre aquellos oropes y vanas pompas se escondía traicionera la muerte.

Los temores de la vieja criada salieron verdade os. Los esfuerzos supremos realizados por mi tío para terminar su obra, las energías derrochadas en un árido trabajo intelectual, acabaron con su vida.

Una tarde regresó mi tío á su casa atontado y febril; preparó enseguida Catalina sus sabias tisanas; pero ¡ay! que en aquella ocasión de nada sirvieron; empezó el enfermo á empeorar por momentos, hasta que á los cuatro días, después de mil inútiles esfuerzos por salvarlo, estando presentes mi padre, mi hermano y yo, únicos parientes que le quedaban, y la vieja Catalina, que, severa, grave, veía morir á su amo sin llorar, sin desplegar los labios, con esa estóica impavidez del dolor verdadero, expiró aquel modelo de hombres buenos y trabajadores.

Todos sentimos grandemente su muerte. Mi pobre tío no había hecho más que bien sobre la tierra.

La noche en que velamos su cadaver, Catalina ni un momento se separó de su lado, orando á ratos, llorando otros, mirándole á veces con tristeza infinita, abstraída, ensimismada...

Cuando, al día siguiente, regresamos del cementerio, con gran sorpresa vimos que Catalina ya no estaba en casa.

En su cuarto encontramos dentro de un sobre dirigido á mi padre una respetable cantidad de billetes...

Eran todas sus ganancias desde su entrada en la casa, los salarios de cincuenta años.

La buscamos por todas partes, hicimos toda clase de pesquisas y averiguaciones para reintegrarle aquella suma, tan dignamente ganada, tan santamente merecida.

Pero todo fué en vano.

FEDERICO P. OLARRÍA

(Continuará.)



Autobiografía

Yo nací en Madrid, no hace muchos, ni pocos años, en pleno barrio de Maravillas y de mi infancia apenas guardo un confuso recuerdo, solo sé que mi niñez y mi adolescencia fueron tristes, de una tristeza y melancolía mortal y extraña para la cual no había motivo alguno determinado y ostensible. ¡Ah! aquel colegio sombrío, aquel temor y zozobra constante a *quedarme sin comer* ó sea á no ir á casa á la hora de salida y arrostrar después el castigo y la reprensión paterna; el miedo al director del establecimiento, especie de negrero sin instrucción apenas, y que sin embargo había reunido un capital en la enseñanza, formaban un tejido de dolores, de miedos, de amenazas constantes, que oprimían mi espíritu infantil con angustia mortal. Y eso que yo tenía fama y figuraba entre los más aplicados. Y después, inesplicables nostalgias, anocheceres tristes, un sentimentalismo vago que me ahogaba. Yo de niño y sin saber por qué, siempre tenía ganas de llorar. Una gran desgracia, la muerte de mi padre, me despertó á la realidad. Tenía yo entonces 16 años y acababa el bachillerato.

Por entonces fué cuando vi por primera vez mi firma en letras de molde. Cursaba yo el preparatorio de Derecho y escribí un soneto que fué leído primero á mi familia, después á veinte ó treinta compañeros, después... ¡Dios, las lecturas que propiné de aquéllo! Tenía, y aún tengo un excelente amigo, D. Rafael Ginard de la Rosa, y gerente del periódico *El País* y á él acudí en busca de protección para mis catorce endecasílabos; temblaba yo al meter la mano en el bolsillo para extraer mi composición. Mi buen amigo prometió publicarlo y pocos días después el soneto famoso (famoso para mí) veía la luz pública en una ilustración llamada el *Album Ibero Americano* que dirigía la insigne escritora doña Concepción Jimeno de Flaquer. Esta mi primera composición quizá paciente lector, de estas líneas, la has leído también. Ahora, en momentos de sincera confesión, te declaro el refrío que cometí, pues un día no recuerdo si en el *Eco del Adaja* ó *Prosa y Verso* tuve la comodidad de colarlo por no tener gana de escribir otra cosa que quizá hubiera sido peor.

Después de este día, escribí, colaboré y redacté en diversos periódicos de Madrid, Las noches pasadas en el Ateneo, entre una reunión de amigos muertos unos, desparramados los otros por todas partes del mundo, cuando el inmortal y malogrado Ferrari, á quien también conociste, lector, leía muy á menudo en aquella casa y á los americanos no se les daba más importancia de la que tenían; aquellas noches ¡ay! las añoraré siempre como goces lejanos y perdidos.

Por entonces tuve el acierto de terminar la carrera de Derecho y abandoné el Ateneo por la Academia de Jurisprudencia, me matriculé en el Colegio de Abogados y ejercí en Madrid varios años si no con mucha honra, con mucho menos provecho.

El abandono que hice de la poesía fué quizás entonces funesto para mí. Entregado á la prosa de la existencia busqué en el placer material lo que en él nunca se encuentra, y ya no eran mis noches las noches de charla amena é ingeniosa de la *Cacharrería* del Ateneo. Esta vida material me duró aun varios años. Ahora me parece mentira y creo que os cuento la historia de otro. Ahora digo como San Pablo: ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?

Por entonces hice y gané las oposiciones á Secretario de Diputación provincial y mientras obtengo plaza me he entretenido en hacer otras tres ó cuatro sin ganar ninguna.

Me casé y aquí termina realmente la historia de todo individuo y es de todos modos inútil, lector, que siga contándote la mía, porque habiéndome nacido un hijo muy enfermizo y habiendo yo perdido la paz del alma en el rudo batallar y la salud del cuerpo en un excesivo *surmenaje*, me refugié en la vieja y tranquila ciudad donde aún flota el espíritu místico de la Santa Doctora. Los sucesos que aquí me han ocurrido buenos ó malos todos los sabéis, porque yo soy de cristal. De cristal de roca: duro y transparente.

JUAN RUIZ DE SALAZAR.



Mal repuestos los cuerpos de los excesos del carnaval y de las vigiliass de los dos primeros días de la cuaresma; aún intranquilos los espíritus por no haber desaparecido de los mismos las emociones de los pasados bullangueros días. llegó el domingo de *Piñata* para regalarnos con las últimas convulsiones del moribundo Momo. Y nosotros, débiles pecadores, siempre aseguibles á todo halago sensual, en vez de volver la espalda á la espirada semana de la locura, para emprender contritos la ascensión de la colina que ha de llevarnos derechamente á la

cumbre del Gólgota á meditar en la gran tragedia que allí tuvo lugar, nos quedamos perplejos en su falda á tomar aliento, á embriagarnos un día más con los alegres encantos de la juventud, de la vida...

Si no nos equivocamos, cinco ó seis eran los bailes que los Diarios anunciaban para dicho Domingo; pensábamos que eran muchos bailes para tan pequeña población.

Llegada la noche, y á hora conveniente nos dispusimos á cumplir nuestros deberes de información y nos lanzamos á la calle decididos á visitar los templos dedicados á Terpsicore.

Entramos en el Casino. En aquel momento no se bailaba; pero la *soirée* estaba en todo su esplendor.

El fondo de la sala estaba todo ocupado por la juventud femenina, ofreciendo un hermoso golpe de vista.

Aquello era un encantador verjel; un ejército de espléndidas y brillantes mariposas de múltiples colores, de ligeros movimientos, bellas como el amor, algunas de las cuales apenas habian dejado de ser crisalidas... no faltando alrededor de tanta gracia, los indispensables moscardones, (dicho sea sin ofender á la clase á que tenemos la honra de pertenecer.)

De pronto, de las alturas, descendió un torrente de notas, un tanto inarmónicas, (tambien sea dicho sin deseo de ofender); sentimos crugir de sedas y batir de alas... el ejército femenino se puso en movimiento... se formaron *bis á bis*... iba á empezar un ceremonioso rigodón... ¡adios, ensueño encantador, ilusiones doradas, mariposas de luz y de colores, huyamos!!

Y como de todos modos era imposible, dada tan gran concurrencia, hacer el recuento de los asistentes y la descripción de las *toilettes*, nos dirigimos al Teatro Principal.

También aquí se habia congregado, invitada por la Junta directiva de la Sociedad «Casino Hijos del Trabajo», digna representación de la juventud y de la gracia abulense, formada, principalmente, por las más graciosas hijas de nuestra primera madre.

El baile estuvo animado y en él se daban el brazo la más franca alegría y la corrección y orden más perfectos,

En este baile se rifó una preciosa sombrilla con que la sociedad obsequiaba á los concurrentes.

Salimos de este segundo salón, llenos de recuerdos de mejores tiempos; recuerdos que al cristalizar en nuestro cerebro, le herian con nostalgias y añoranzas de brisas primaverales que cierzos de otoño barrieron para siempre.

Y seguimos cumpliendo con nuestro deber enca-minándonos á un tercer baile.

La concurrencia en este, de la calle de Cesteros, era escasa.

La sociedad explotadora de él, no debe haber hecho el negocio que hubiera sido de desear.

Es, ésta, una opinión nuestra que nos alegraría ver rectificada.

Después, ya á la una de la madrugada, nos fuimos buscando el calorcito del propio hogar, donde reposaban los amantes diablillos que mañana tomarán parte activa en estos bulliciosos días.

El Sr. Marqués de Casa Muñoz, sigue en el mismo estado de los anteriores días. Deseamos muy de veras una pronta y franca mejoría.

También se encuentra muy aliviado nuestro querido amigo y compañero, el funcionario de Hacienda D. Carmelo Gutiérrez.

Nuestro querido amigo D. Eduardo García Godino, ha sido traído desde Madrid, donde se hallaba gravemente enfermo, después de la operación sufrida, y continúa dentro de la gravedad. Mucho deseáramos su pronto restablecimiento.

Anoche, á las siete de la misma, se celebró en la iglesia parroquial de San Juan, la boda de la gentil señorita Fermina Lafarga, con nuestro querido amigo, el distinguido Licenciado en Ciencias, D. Alfredo Alvarez Nacle. Con motivo de reciente luto, la boda se celebró en familia. Los recién casados, á los que deseamos todo género de venturas, salieron por la noche para Gijón, donde fijarán por ahora su residencia.

También residirá en aquella villa, con su abuela, la señora Viuda de López del Vallado, la encantadora Fernanda Lafarga, hermana de la contrayente.

Hé aquí, pues, una noticia, á la par triste y alegre; alegría de himeneo, y tristeza de ausencia. La de las distinguidas señoritas de Lafarga será sentida en esta capital, por cuantos tuvieron la dicha de conocerlas.

Nuestro particular amigo, D. Luis Berlin, ha tenido la inmensa desgracia de perder un hijo de diez años de edad.

A dicho señor, á su señora esposa, doña Petra Escudero, y á toda la familia del finado, enviamos nuestro más sentido pésame.

EL DIABLO COJUNLO.





El Sr. Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de esta Capital tuvo la atención, que muy de veras le agradecemos, de invitarnos á la reunión convocada con objeto de acordar el modo de solemnizar en esta ciudad la gloriosa fecha del 2 de Mayo de 1808.

Una repentina indisposición del redactor encargado de asistir á dicha reunión, nos privó del gusto de estar representados, pero desde luego PROSA Y VERSO se asocia á tan patriótica idea y en lo poco que vale, se pone por completo á disposición de la Junta nombrada para llevar á la práctica la realización de aquélla.

El pasado domingo tuvimos el gusto de saludar en esta población al ilustre periodista y actual Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros D. Salvador Canals, el que, en la breve entrevista que tuvo con nuestro Director, y después de dedicar frases de verdadero afecto á nuestra modesta publicación, ratificó verbalmente la promesa que hace tiempo nos tenia hecha por escrito, de honrar estas columnas con un trabajo, que desde luego podemos afirmar será tan notable como son todos los que produce tan brillante y castizo escritor.

Mucho nos complacemos en enviarle públicamente el testimonio de nuestro agradecimiento por las deferencias guardadas á PROSA Y VERSO.

Advertimos á aquellos de nuestros suscriptores, (pocos afortunadamente) que aún no hayan satisfecho el importe del trimestre actual, procuren hacerlo á la mayor brevedad, para evitarnos nuevo recuerdo y los consiguientes entorpecimientos en la marcha administrativa del periódico.



- A. H. G.—Sevilla.—Recibido el artículo dedicado á Chamorro y el de Don. L. F. G. que quedan admitidos. Gracias por sus gestiones.
G. G.—Garganta del Villar.—Recibido su artículo que se publicará lo antes posible.
C. B.—Guernica.—Procuraremos complacerle si quedan ejemplares, que tal vez no los haya.
L. R.—Cuenca.—Con muchísimo gusto. Helo aquí.

À los héroes del dos de Mayo

SONETO

¡Oh, qué día más grande! ¡Con qué maña
el pueblo de Madrid, gigante inmenso,
diezmó las filas ¡ay! del franco censo,
como la Parca diezma con su guadaña.

¡Daoiz, Velarde, Ruiz y Malasaña!
De rodillas me postro, y os incienso.
Yo os amo, yo os adoro y siempre pienso
en que sois la más alta prez de España.

¡Por la patria morir! ¡Cuánta ventura!
¡Qué mayor gloria para un hijo amante
que hacer de la bandera sepultura,
y oír la voz de Dios, grave y tonante,
que á las puertas del cielo, con ternura
nos diga: «Pasa, hijo, pasa adelante».

Me alegraré que transponga usted cuanto antes
los umbrales celestes.

Camarlengo.—Avila.—¿No conoce usted el epigrama de Moratín?

Tu crítica majadera
de las obras que escribí,
Pedancio, poco me altera,
más pesadumbre tuviera
si te gustaran á tí.

Nosotros tendríamos un verdadero disgusto si á
usted le gustase PROSA Y VERSO.

Floridor.—Avila.—Cebada, en los almacenes del
Puente, á 28 reales fanega.

¡Y déjese de escribir!

(H. P. O.) EL CARTERO.